La Reconquista de Guadalajara

Manuel VILLANUEVA Y DEPRIT
El día de Guadalajara, Guadalajara, 1928, pp. 19-20

I
Montado en corcel brioso
y preparadas las armas,
por la Cuesta del Osario
va Alvarfáñez de Minaya;
le siguen dos mil guerreros,
gente de valor y fama,
que acreditaron luchando
contra el moro, en cien batallas.

II
El sol empieza a ocultarse,
la noche tiende sus alas,
y sólo se oye el alerta
del vigilante atalaya
que vela por la morisma
sobre la torre almenada.
Tranquila está la Ciudad,
Desiertas están sus plazas,
y ni una luz se percibe
tras las ojivas caladas:
todo denota el descanso
de la agarena mesnada,
que cuenta ya por segura
y suya a Guadalajara.

III
En tanto, oculto en la sombra,
llega con sus avanzadas
el noble apuesto guerrero
Alvarfáñez de Minaya.
El atalaya lo advierte,
hace la señal marcada,
y torpe y horrible estruendo
de gritos; golpes y armas,
por un instante se oye
en la moruna Alcazaba…
Pero ya es tarde, el guerrero
ha penetrado en la plaza,
y el grito de ¡Dios y Antigua!
el viento lleva en sus alas,
que al moro llena de espanto,
y atruena a Guadalajara.

IV

Quieren luchar, mas no pueden;
sus alfanjes y sus dagas
se rompen contra el empuje
de aquella hueste cristiana,
y mil cabezas de moros
ruedan por calles y plazas,
mientras los más su vergüenza
van a ocultar en las aguas
del Henares, donde tumba
para su derrota hallan.

V

Y cuando la luz del día
por el Oriente asomaba,
seguido de sus guerreros
Alvarfáñez de Minaya
ante el templo de La Antigua
con fe santa se postraba.
Y allá, en los altos torreones,
por el sol acariciada,
ondulando en el espacio,
nuestra bandera anunciaba
que era de la Cruz el triunfo,
y que ya Guadalajara
libre siempre se vería
de las hordas musulmanas.